

EL OSITO DE PELUCHE DORADO

BLAS MATAMORO

Éramos niños. En mi cama había un osito de peluche dorado. En la de mi hermana, variables muñecas. Mi osito era siempre el mismo. No tenía ropa, sí unos astutos ojos de cristal negro y, en manos y pies, unos parches acariciantes, de terciopelo morado. Yo era un chico tímido, delicado y de modales silenciosos, pero lograba que mi amor al osito le destrozara manos y pies; mi madre los remendaba infaliblemente.

Las muñecas de mi hermana eran paponas, de pelo crespo, con ojos tontos como botones. Ella les cambiaba frecuentemente los vestidos. Además, los confeccionaba, los lavaba, los planchaba. Mi osito era dorado y no tenía vestidos: estaba desnudo y refulgía como el metal supremo con que lo habían hecho. No era reemplazable: era un individuo, no un género.

Nuestra madre, que era maestra de primeras letras, me enseñó los rudimentos de la escritura. Creo que habría rechazado con horror una propuesta mía en el sentido de querer aprender la costura y el bordado, como para vestir a mi osito con mis propias obras. A la vuelta de los años, he resultado escritor y, para siempre, cultivo la nostalgia por los años cortados, las madejas de hilos de colores, las agujas. En Madrid, de grande, he aprendido que los bordadores, en tiempos del artesanado, eran hombres. Las mujeres bordaban en su cuarto de costura, encerradas, para sus maridos, hermanos o hijos. Para el mundo, para el mercado, para la historia, bordaban los hombres.

Desnudez, oro y escritura eran el lote de mi herencia como varón. Lo demás me estaba prohibido. Lo contrario de cuanto ocurría con mi hermana. ¿Qué tiene que decir el freudismo acerca de las diferencias simbólicas entre un osito listo y una nenita tonta? ¿Entre una hembra vestida y un machito desnudo? ¿Entre un género de carne y hueso, y un individuo de oro?

El psicoanálisis nos sugiere esta teoría de la identidad: hay una operación mítica de castración que, al privarnos de lo que nunca